

# EL RUN RUN DE LA CALAVERA

RAMÓN ROCHA MONROY



# PRIMERA PARTE

---

## I

Al Tata Néstor el insomnio le había quitado la costumbre de pestañear. Se pasaba la noche apoyando la espalda en el cántaro del zaguán, en la casa de doña Pacífica. A fuerza de vivir con los ojos abiertos, no le preocupaba el paso del día a la noche; todo se uniformaba en un fluido más o menos penumbroso; pero, a veces, la brea nocturna le impedía distinguir más allá del cedrón donde se acomodaba el gallo.

A medianoche cantó el gallo, demasiado temprano; el Tata se sobresaltó y, por primera vez en su vida, decidió no continuar más en ese sitio. Se incorporó, salió a la calle y enfiló a Pisorga.

No pudo llegar más allá del recodo y la bajadita, se aferró a la reja del cementerio y se sentó en el peldaño de piedra. Hubiera jurado que las fuerzas le alcanzarían para dar un paso más, pero se sentó.

Aclaraba el primero de noviembre cuando vio con el rabillo del ojo la silueta de doña Pacífica, embozada en un manto negro, y del lado de Pisorga, la imagen resuelta de su hermana Victoria. Las dos sombras convergieron en el cementerio. El Tata intentó saludar, pero la voz no le obedeció. Pasaron por su lado como si no lo vieran.

Doña Paci se enfrentó a su hermana y, con esa congoja dulce con que se hubiera quejado de la muerte de una gallina, le dijo:

—El Tata amaneció muerto, con los ojos abiertos. Al Tata le dio risa que su patrona pasara por sus narices y no pudiera verlo. «De modo que allí, en el zaguán, había quedado su cuerpo y la enorme hernia de su ingle».

En realidad, la Paci y la Victoria habían convergido en la puerta del cementerio por pura casualidad. Ambas salieron en busca de hierbas frescas para su madre, doña Rosita, naftalinas para La Hacendosa, chicha *culli*, *t'antawawas*, palomas de miga y otros manjares de Todos Santos para los muertos. Entretanto, doña Rosita se cepillaba los dientes con hierbas secas que sobraron del año pasado; La Hacendosa desprendía de su collar las naftalinas viejas y La Memoriosa observaba la escena. Era la única entre los muertos que llevaba la cuenta de los días debido a que los ronquidos de su vecino, don Agustín, no la dejaban descansar en paz.

Precisamente cuando la Paci y la Victoria se iban, de allí del fondo salió el cuerpo huesudo y largo de don Agustín, dando certeros *tijchos* a su terno grano de pólvora. Tenía cierta dificultad al caminar pero ya encontraría por el sendero una taba que se le había caído zapateando quimbos el año pasado. Se acercó a Rosita, su consuegra, a doña Memo y a La Hacendosa, y las saludó disimulando una carraspera. Luego palmeó con un sonido de matraca y todos los muertitos comenzaron a desperezarse.

—Apurarse, hombre —ordenó don Acuti—. Ya va a llegar la chicha *culli*.

Hasta los trillizos que murieron hacía tres siglos, cuando este hermoso valle se llamaba Viña del Chapín de la Reina, se irguieron como castillos de arena, tan pequeños que juntos cabían en una tutuma.

Siguiendo las intuiciones de La Memoriosa y la curiosidad de la Rosita, una comparsa de cholitas muertas un martes de carnaval se acercó a la reja. Todas juntas, como el coro de esta alegre tragedia, vieron al Néstor y lo levantaron en vilo con ruidosas muestras de cariño. La Rosita copó luego su atención preguntándole si no había traído por ahí un espejo.

## II

La verdad, no era muy fácil alistarse. Una cosa era tener la calavera monda, como don Acuti, y otra conservar algunas crenchas que acusaban una marcada tendencia a pegarse en la mortaja. La más antigua de las Plorantes, por ejemplo, recogía su cabellera por hebras y la alisaba en un peinado informe con agua de florero. Otros muertos se desplegaban como dibujos expresionistas y se derrumbaban con estrépito de huesos. Y los más sacudían las rejas de sus nichos, repitiendo letanías contra sus deudos.

—Así es, así no más es —protestó don Acuti—. Año que pasa, se acuerdan menos.

Las cholitas pellizcaban cariñosamente los músculos del Néstor.

—Caray —comentó—. Hace rato no más estaba tan solito que no podía distinguir ni al gallo en el cedrón.

Y hasta le dio apetito. Traía *papawaiku* y un huevo duro envueltos en un pañuelo. Desató los nudos y antes de que pudiera tomar bocado, las cholitas lo asaltaron y se disputaron el huevo y las papas.

—Ah, cholas tragaldabas —rió don Acuti—. Ni se peñaron bien y ya se están ensuciando la boca.

Al Néstor no se le borraba la sonrisa. Tanto tiempo arrastrando la hernia tras el hato de doña Paci; comiendo la ración diaria de papa *k'eta* y llajua de tomate silvestre; calculando el canto del gallo que rodaba, multiplicado, del pueblo a las ruinas incaicas, de las ruinas a las alturas de Koripaloma, y de Koripaloma a Pisorga; sentado sobre un cuero de oveja, y, de pronto, el gallo lo obliga a irse lejos de este valle donde ha nacido, crecido y muerto, y él no tiene

fuerzas para pasar del cementerio. «A Dios gracias», se decía, porque aquí sí que lo recibieron bien. Así que de allí del fondo venía a su encuentro el Uña Manuelito, su hermano, con las tres cachinas de cristal de Huayculi que su madre le obligó a empuñar el día de su muerte.

—Salude a su hermano mayor —ordenó don Acuti. El Uña Manuelito balbucía una vieja jerigonza.

—Él es más bien el mayor —corrigió Néstor—. Pero no tuvo tiempo de aprender a hablar. Se murió de coqueluche cuando la guerra del Pacífico.

Sangre le corría al Néstor por las comisuras de los labios y una de las cholitas untaba la falange de su índice derecho en el hilillo cárdeno y se encarmínaba labios y mejillas.

Si hasta le daban ganas al Néstor de proclamar la utopía del mundo de los muertos al sentir los pellizcos de La Memoriosa y las palmadas de don Acuti, que ordenaba:

—A ver, una sillita para el Néstor —aunque no había sillas ni hacían falta. Para eso estaban las losas y el suelo cubierto de hierba.

Pero una inquietud ensombrecía a don Acuti que sacaba, nervioso, la leontina de oro, consultaba el reloj *Waltham* y aunque la maquinaria se había atascado con caca de polillas, se hacía el que miraba la hora y luego ganaba la reja de entrada e inspeccionaba la calle desierta. No, nadie venía.

—Claro —rezongó—. Justo ahora se le ocurre morir a este mancarrón. Ahora lo velarán y sabe Dios si se acuerdan de nosotros lo menos hasta mañana.

### III

El gallo de doña Pacífica era muy cumplido. A partir de las cuatro de la mañana daba los cuartos, las medias y las horas aleteando como diputado y bebiendo, de su propio canto, un rosario de gorgoritos. Al tercero, la Rosmeri se levantaba a barrer y rociar el patio penumbroso, mientras la mamá Pacífica orinaba, ruidosa, en el corral y la Bernita lagrimeaba soplando las brasas del fogón.

La escoba rítmica trepaba luego al corredor empedrado y se perdía en el zaguán, bordeando en continuas escaramuzas los cueros de oveja donde descansaba el Tata Nesturi.

Cuando la Rosmeri saludó, el Tata aprovechó su hálito de virgencita para derrumbarse. Entonces comenzaron los alaridos: la Rosmeri advirtió a la Bernita, que advirtió a la mamá Pacífica, que advirtió a las ovejas que el Tata Néstor se había muerto.

Más de 50 críticos nacionales se reunieron en el Centro Portales para elegir las 15 novelas fundamentales de la literatura boliviana. Una de ellas es *El Run Run de la Calavera*, clásico del valle cochabambino, que también ha sido incorporado a la Biblioteca Boliviana del Bicentenario. Cuatro de las 15 novelas fundamentales corresponden a Cochabamba: de Nataniel Aguirre, Adela Zamudio, Marcelo Quiroga Santa Cruz y Ramón Rocha Monroy.

Ramón (Cochabamba, 1950) tiene más de 30 libros publicados, 4 premios nacionales (1 de ensayo y 3 de novela).

Los Editores

ISBN: 978-99974-66-50-1



9 789997 466501